



Relatos de seglares en tiempo de Pandemia



05 de mayo de 2020
Katerine González

Dios en sala de emergencia

Mi nombre es Katerine González, auxiliar de enfermería. En lo que respecta sobre mi vivencia por este tiempo de pandemia, quiero iniciar relatando que vivo con mis hermanos y mis padres, los cuales ya son mayores de edad.

De acuerdo con mi profesión, trabajo en el sector salud en el Hospital Universitario Nacional de Colombia. Aunque no me lo pregunten o me lo hayan preguntado ya bastante, sobre mi experiencia de la pandemia en el hospital, no puedo negarles que tengo miedo... mucho miedo de contagiarme, o peor aún, exponer a mi familia a la enfermedad.

Uno puede ser portador sin darse cuenta de ello, por eso procuro seguir todas medidas de bioseguridad: lavado de manos, uso del tapabocas, guantes y gafas...pero, igual así, no dejo de sentir miedo, y más aún cuando me toca el turno de atender a los pacientes presuntamente infectados por el virus o, en su defecto, a los ya contagiados.

Antes de entrar a estas habitaciones con acceso doble, dedicadas al tratamiento de la enfermedad, rezo... rezo mucho y le pido a Dios que me proteja en ese momento de temor, también le digo que me dé el valor y el empujoncito necesario para ingresar a la sala. Lo sorprendente no es que Dios me conceda todo esto, sino que me da demás porque me regala la gracia y el carisma de

sacarle una sonrisa al paciente; no se podrían imaginar lo bien que se siente verlos sonreír, así sea por un segundo.

Como les venía comentando, en el hospital existen extremas medidas de seguridad con el uso de los equipos necesarios para la atención de los enfermos, pero la mayor norma para todos los servidores de este instituto es jurar y trabajar por la salud de las vidas humanas.

No solo por el bienestar de los pacientes, también por la salud emocional y física de sus familiares. Es muy duro el momento cuando hay que amortajar a las personas que no ganaron la batalla contra el virus, y se hace más duro cuando toca ver las lágrimas de sus parientes por no tener la posibilidad de dar su último adiós a aquel ser querido. Ante esta nostalgia, invitamos a la familia a rezar juntos un Padre Nuestro o un Ave María e invitarlos al oratorio del hospital.

Ustedes no se podrían imaginar la tristeza que da ver fallecer tus pacientes después de reanimarlos y hacer todo lo posible por su supervivencia, para que luego te miren feo como si fueras un bicho... De verdad, de verdad, la gente que está afuera del hospital no sabe por lo pasamos en sala de emergencia.

Esta labor se ha hecho más pesada debido al rechazo y la discriminación de las personas contra los médicos, enfermeros y todo trabajador del sector de la salud. Ahora nos

miran mal, nos evitan y se alejan con pavor; esto ha llevado a que no podamos lucir nuestros uniformes con orgullo. La verdad, da mucha tristeza y decepción porque hemos estudiado con el propósito de salvar vidas y no creo que tales profesiones merezcan el desprecio por parte de los ciudadanos.

También se suma la carga económica en mi familia dado que por el momento soy la única que trabaja en casa, ya que mis hermanos tuvieron que suspender sus labores, debido a las pocas ventas existentes a causa de la pandemia. Y, pues, nosotros como auxiliares no ganamos como la gente suele pensar, ¡no! Tampoco no dejo que mi padre salga trabajar por su edad y el riesgo de contagio.

Adicionalmente, tengo una angina de pecho de alto riesgo, pero, aun así, en compañía de Dios y la Virgen, me toca trabajar ya que nos obligan a ejercer nuestra labor, tanto así que, si quisiéramos renunciar a nuestros oficios, no nos dejan. A esto se le añade otra preocupación en mi cabeza, causada por una frase de mis padres: “No queremos perder otra hija” (mi hermana falleció el 15 de octubre del año pasado).

Al llegar a mi casa realizo el protocolo de entrada: me quito la ropa y los zapatos para aplicarle hipoclorito, de inmediato ingreso la ropa a lavadora, y posteriormente tomo una ducha. Luego me aísló en mi habitación con mi cena, apartada de la demás loza.

Oro mucho, rezo mucho, y todo lo dejo en manos del padre celestial, pero aun así no dejo de tener miedo.

El 27 de abril, cuando supuestamente inició el aislamiento inteligente, sentí más miedo de lo normal, ya que la gente no ha captado la

gravedad del asunto de esta cuarta fase donde el contagio se propaga más rápido y constante. Por tal razón, todos los días nos capacitan para la atención de estos pacientes en particular, pero ante tanto protocolo nunca falta la oración a Dios para que nos acompañe cada día de servicio, al mismo tiempo, rogamos que el sistema de salud no colapse en su totalidad por la falta de personal.

Aprovecho este escrito para aconsejar a cada lector de cuidar su familia con las medidas preventivas como lo es la cuarentena, el lavado constante de las manos con jabón y antibacterial.

Retomo mi relato...

Cuando terminé mi jornada en el hospital y llego a casa, después de luchar por la vida y contra la muerte, se me antoja un abrazo de mi familia, pero ante la prevención y el tiempo en que vivimos, no es posible satisfacer tal capricho. Sin embargo, Dios me da ese abrazo tan anhelado.

A propósito de mi hermana, ella también era auxiliar de enfermería, pero Dios la llamó para que esté a su lado. En este momento me hace mucha falta, ya que siempre me animaba cuando estaba a punto de desfallecer. Sé que desde el cielo me da fuerzas para seguir con esta lucha y poder ayudar a mi familia.

Doy gracias a Dios por ponerme a los Carmelitas Descalzos en mi caminar; me han ayudado a largo de mi vida y más en estos tiempos. Como saben algunos, no puedo pertenecer a la comunidad del seglar debido a mi tiempo en el trabajo, pero siempre los llevo en mi corazón con ese deseo ardiente de participar en lo que pueda.